National Cursillo Movement

National Cursillo® Center • P.O. Box 799 • Jarrell, TX 76537 • 512-746-2020 • Fax 512-746-2030 • www.natl-cursillo.org

VIVIENDO NUESTRA VIDA EN GRACIA

Ponencia Laica por Amy Dang
Coordinadora Nacional de Idioma, Vietnamita
Wheaton, Encuentro Nacional 2026

Oraciones

Les pido que se pongan de pie, si pueden, mientras invocamos al Espíritu Santo. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Juntos, oremos:

Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor.
Envía tu Espíritu y serán creados, y renovarás la faz de la tierra.
Oh Dios, que por la luz del Espíritu Santo instruyes los corazones de los fieles, concédenos, por la luz del mismo Espíritu, ser verdaderamente sabios y gozar siempre de su consuelo. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

Antes de que se sienten, tengo una oración más. Se llama la Oración de Unidad. Esta oración fue dada a Elizabeth Kindelmann, de Hungría, y Jesús mismo la compuso. Es una oración muy poderosa. ¡Es un arma! Aquí no hay lugar para la oscuridad. Tenemos que rezar esta oración y expulsarla porque somos hijos de Dios. La oscuridad no tiene nada que hacer aquí. Así que oremos juntos.

Mi adorable Jesús,
Que nuestros pies caminen juntos.
Que nuestras manos recojan unidas.
Que nuestros corazones latan al unísono.
Que nuestras almas estén en armonía.
Que nuestros pensamientos sean uno.
Que nuestros oídos escuchen juntos el silencio.
Que nuestras miradas se penetren profundamente.
Que nuestros labios oren juntos para alcanzar misericordia del Padre Eterno. Amén.

¿No es una oración hermosa? Es verdaderamente hermosa.

Introducción

En primer lugar, quisiera pedirles disculpas a todos ustedes, y especialmente a mi comunidad vietnamita. Hoy les pedí permiso para hablar en inglés porque aquí tenemos muchos hermanos y hermanas que hablan inglés.

Lamento decepcionarlos, pero se suponía que debía haber escrito mi rollo hace muchos meses y no pude hacerlo. No sé por qué. Tengo tantos pensamientos en el corazón y en la cabeza, pero no me sale nada. En cuanto me siento a escribir, no sale nada.

La semana pasada estaba decidida, porque me sentía muy mal por el equipo de traducción al español, especialmente por la hermana Marisela. Ella me pidió mi rollo para poder traducirlo al español. Le dije al Señor que estaba decidida a escribir algo. Llevé mi computadora portátil a la Adoración Eucarística y recé: “Señor, dame algo; dame algo con qué escribir”. ¿Y saben qué? ¡No me dio nada! Pero, en cambio, recibí esto: “Si el lenguaje humano los divide, dejen que el lenguaje divino los una”. ¡Eso fue todo lo que recibí!

El Señor también me recordó algo que ocurrió en el Encuentro de la Región 5 la primavera pasada. Durante la Ultreya me senté con otras tres hermanas de habla hispana. Ellas hablaron en español durante la Reunión de Grupo. En mi cabeza no entendí ni una sola palabra. Pensaba: "¿Qué están diciendo?". Pero ¿saben qué? En mi corazón lo entendí todo. Lloramos. Nos abrazamos porque podía sentir el amor que tenían por el Señor y unas por otras. Así que no permitamos que el lenguaje humano nos separe.

He reflexionado mucho sobre esto. Está bien, pensé, no voy a escribir nada. Pero ¿en qué idioma debo hablar? Pensé: "Si hablo vietnamita, quizá el 5% entenderá. Si hablo inglés, quizá el 80% entenderá". Y si hablo español… Juan Ruiz me dijo antes de subir al escenario que habían cambiado el programa. Me dijo: "Amy, tienes que hablar español". Les aseguro una cosa: si hablo español, ¡el 0% va a entender! Pero si hablo el lenguaje del amor, les aseguro que el 100% entenderá.

Así que hoy quiero compartir con ustedes desde lo más profundo de mi corazón. Marisela me dijo: "Amy, por favor habla despacio para que puedan traducir". Hermana Marisela, si llego a decir algo que usted no entiende, probablemente yo tampoco lo entiendo. Está hablando el Espíritu Santo. Simplemente diga: "El Espíritu Santo está haciendo la obra".

Antes de comenzar mi charla, ¿quieren jugar? Juguemos, ¿de acuerdo? Aquí está el juego. ¿Todos pueden ver la pantalla? Es muy sencillo. Hay cuatro grupos de huevos. Escojan el grupo que creen que contiene huevos de gallina. ¿Todos tienen un número?

¿Quién dice el grupo número uno? El grupo uno son huevos de avestruz.
¿Quién dice el grupo número dos? El grupo dos son huevos de lagarto.
¿Quién dice el grupo número tres? El grupo tres son huevos de serpiente.
¿Quién dice el grupo número cuatro? El grupo cuatro son huevos de gallina.

¿Es difícil distinguir cuál grupo contiene huevos de gallina? Este es mi punto: desde afuera, desde cierto ángulo o desde lejos, podríamos pensar que son huevos de gallina cuando en realidad son otra cosa: huevos de lagarto, de avestruz o de serpiente. Podemos equivocarnos fácilmente cuando juzgamos las cosas únicamente por lo que vemos desde afuera.

Hay un dicho: "No juzgues un libro por su portada". De la misma manera, podemos cometer el error de juzgar a las personas o las situaciones solamente por lo que vemos en la superficie.

Así como estos huevos, a veces podemos parecer santos por fuera. Podemos ir a Misa. Podemos recibir la Sagrada Comunión. Podemos rezar el Rosario. Desde afuera, la gente puede mirarnos y decir: "¡Qué santos son!", ¿verdad?

Y pensé: a veces lo único que verdaderamente tiene agujeros son mis calcetines.

El tema que quiero compartir hoy con ustedes es "Viviendo nuestra vida en gracia". Todos saben que Jesús es el Hijo de Dios por naturaleza. Nosotros somos hijos e hijas de Dios por la gracia divina. Sin la gracia, no somos sus hijos e hijas. Por eso, cuando permanecemos en gracia, nos atrevemos a decir: "Padre nuestro, que estás en el cielo…". De otro modo, no nos atreveríamos.

Reflexión personal

Entonces, ¿cómo permanecemos en gracia? Desde afuera es imposible saber quién vive en gracia, porque nadie puede ver el alma de una persona excepto Dios. Yo también puedo verme a mí misma. Puedo examinar mis motivos interiores. Dios ve; yo veo. Para vivir en gracia necesito reflexionar sobre mí misma. ¿Qué me hizo tropezar? ¿Qué me hizo enojar? ¿Me niego a perdonar a mis hermanos y hermanas? ¿No soy generosa? ¿No estoy dispuesta a hacer sacrificios? ¿Me estoy quejando?

La lista sigue y sigue. Si respondo "sí" a todas estas preguntas, entonces tengo que admitir que puedo ser egoísta, enojona, rencorosa y muchas cosas más. ¡Estoy produciendo todos esos tipos diferentes de huevos que vieron antes, cualquier cosa menos huevos de gallina!

Y nadie puede ver lo que hay dentro de un huevo simplemente mirándolo desde afuera. Pero tarde o temprano el huevo se abrirá. Y cuando lo haga, lo que salga podría ser un avestruz, un lagarto o una serpiente.

De la misma manera, nuestras malas conductas, acciones y palabras tarde o temprano producirán malos frutos. Ese es el fruto que produciré si no vivo en la gracia de Dios. Y las personas que me rodean recibirán lo que yo les dé.

Muchas veces le pregunto al Señor: “Señor, por favor permíteme hacer una resonancia magnética de mi alma y de mi corazón. Déjame hacer una radiografía para ver dónde estoy contigo y dónde estoy con mis hermanos y hermanas”. Y le pido a Dios la gracia de usar el rayo láser y señalar exactamente dónde necesito cambiar. Solamente por la gracia de Dios puedo llegar a ver qué áreas de mi vida necesitan cambiar.

Porque a veces voy por la vida pensando que hago todas las cosas santas. Quizá soy santa. Pero, ¡ay Dios!, ni siquiera estoy cerca. Estoy luchando constantemente. Lo que he comprendido es que vivir en gracia y vivir fuera de la gracia a veces están separados por un solo paso. Basta con que me enoje con alguien. Basta con que me llene de ira y desee algo malo para alguien en mi corazón. ¡Así de fácil!

Quiero compartir una historia con ustedes. Mi madre falleció el mes pasado, en junio de 2026. Fue muy doloroso para todos nosotros. Mi madre es la mujer más santa que he conocido. Estuvo postrada en cama, sin poder hablar, comer ni comunicarse, durante 15 años después de que un derrame cerebral la dejara en esa condición. Sufrió muchísimo.

Pero antes de su derrame cerebral era una evangelizadora muy activa. Era una católica devota. Era como nosotros, cursillista, llevando personas a Cristo. Simplemente amaba a la gente. Llevaba la Eucaristía a los enfermos. Visitaba a los enfermos. Tenía el don de sanación. A quienes imponía las manos y por quienes oraba, recibían sanación. Ese era un don de Dios y ella lo utilizó bien.

Al ver a mi mamá, una buena persona, sufrir durante tanto tiempo, yo le pedía a Dios que la llevara a casa cuando terminara su tiempo en la tierra. Ver cuánto sufría y luchaba me rompía el corazón. En mi corazón estaba preparada para ese día. Sabía que solamente era cuestión de tiempo antes de que mi mamá regresara a Dios.

Mi madre tuvo ocho hijos y, mientras ella estaba viva, aunque no pudiera decir nada, sabíamos que mamá seguía allí. ¡Teníamos que portarnos bien! La mayoría de nosotros —diría que el 90%— somos muy buenos católicos. Participamos en actividades de la Iglesia. Contribuimos con nuestro tiempo, talentos y dinero para apoyar a la Iglesia Católica.

El mes pasado, cuando falleció, deberían haber visto su funeral. Asistieron tantos sacerdotes que parecía el funeral de un sacerdote. Diría que más de mil personas asistieron a la Misa funeral. Bueno, mi mamá no era tan famosa. Pero ¿saben por qué llegó tanta gente? Porque la mayoría de sus hijos participa activamente en la Iglesia Católica. Hacemos muchas cosas por la Iglesia y la gente vino por su relación con sus hijos.

Así que, desde afuera, parecíamos una familia muy santa. Pero les aseguro que, como dije antes, lo que tiene agujeros son nuestros calcetines. Les digo algo: planear el funeral de mamá fue el drama más grande de todos. Después del funeral, ninguno de nosotros se hablaba. ¿Por qué buenos católicos como nosotros terminamos así? Me rompe el corazón.

El Señor me ha utilizado dentro de mi familia. Todavía estoy tratando de ayudar a mi familia a reconciliarse. Es el desafío más difícil. También en Cursillo estoy sirviendo a mi comunidad de todo corazón. No sé qué pasó, pero adondequiera que miro veo conflictos. Me pregunto: ¿por qué todos tienen conflictos? Entre buenas personas y buenos católicos, ¿por qué hay tantos conflictos?

¿Por qué sucede esto? Mi respuesta es esta: nuestros corazones están heridos y no sabemos qué hacer con ese dolor. No sabemos qué hacer con ese sufrimiento. Es una cruz hecha a nuestra medida que Dios nos ha dado y no sabemos cómo cargarla.

En lugar de acudir al Señor y decirle: “Señor, esto pesa demasiado. ¿Puedes ayudarme a cargarlo?”, nos volvemos unos contra otros y usamos la cruz que el Señor nos dio para golpearnos unos a otros con ella. Eso es lo que he visto.

Cuando veo lo que sucede, le pregunto al Señor: “Señor, por favor, permíteme estar allí para Ti”. Porque con todos los conflictos —ya sea en Cursillo, entre amigos o entre familiares—, ¿quién es el que más sufre? No es solamente la persona a quien yo lastimo. He llegado a comprender que quien más sufre es Jesús.

¿Por qué Jesús es quien más sufre?

No es difícil entenderlo si usamos la misma analogía. Si un vecino me traicionara o tuviera una aventura, ciertamente estaría mal, pero probablemente no me rompería el corazón de la misma manera. Pero si mi propio esposo tuviera una aventura, sería algo completamente distinto. Quedaría destrozada. Sentiría como si estuviera muriendo por dentro.

¿Por qué? Porque lo amo. No es simplemente mi vecino o alguien que conozco: es mi esposo. Es mi familia. Cuanto más cercana es la relación, más profundo es el dolor cuando esa relación es traicionada.

De la misma manera, Jesús es quien más sufre cuando nos alejamos de Él porque nos ama profundamente. No somos extraños para Él. Le pertenecemos. Él nos creó, nos ama y desea tener una relación con nosotros.

Por eso nuestra traición lo hiere tan profundamente: no porque simplemente se sienta ofendido, sino porque nos ama.

Es tan doloroso para Jesús porque somos sus amigos. Somos su familia. Somos sus discípulos. Estamos muy cerca de su corazón.

Imaginen a san Juan de pie al pie de la cruz. Imagínenlo mirando a Jesús mientras Él entrega su vida por él. Esperaríamos que Juan dijera: “Señor, estás muriendo en la cruz por mí. Te amo. Gracias”.

Ahora imaginen algo completamente distinto. Imaginen a Juan tomando una espada y golpeando a Jesús mientras cuelga de la cruz. Es difícil imaginarlo, ¿verdad?

Y, sin embargo, en un sentido espiritual, eso es lo que hacemos cuando nos herimos unos a otros, nos aferramos al enojo, nos negamos a perdonar o permitimos que los conflictos nos dividan.

Cuando lastimamos a alguien a quien Jesús ama, lo estamos lastimando a Él. Y porque somos su familia, nuestros conflictos entre nosotros hieren el corazón de Jesús.

Cuando nos lastimamos unos a otros, no estamos lastimando a extraños. Estamos lastimando a miembros de la propia familia de Cristo, y Jesús siente ese dolor.

Muchas veces me pregunto en la meditación: “¿Quién soy? ¿Soy verdaderamente hija de Dios? ¿Soy su discípula? ¿Soy su amiga?”. Si mi respuesta es sí —Amy, sí lo eres—, entonces debo mirar mi comportamiento, porque mi comportamiento puede causar muchísimo dolor y sufrimiento a los demás. Cuando ellos están heridos, mi Señor está herido. Cuando ellos sufren, mi Señor sufre con ellos. Su dolor se convierte en el dolor de Él.

Después de que mamá falleció, mi familia era un desastre. También mis hermanos y hermanas de Cursillo me odiaban. No sé por qué. Pero ¿saben qué? A veces todo es un desastre. Me entristece. Me duele. Pero eso no es lo que me produce la tristeza más profunda.

Lo que atraviesa lo más profundo de mi corazón es pensar en mi Señor Jesús, que me amó tanto. Se dejó colgar de la cruz por mí. Me permitió acercarme tanto a Él. Me ha dado la oportunidad de participar en ese amor y en ese sufrimiento.

Y yo lo lastimo porque no sé acudir a Él para pedir ayuda. En cambio, me vuelvo hacia mis hermanos y hermanas y descargo ese dolor y sufrimiento sobre ellos, y eso hiere muchísimo a mi Señor Jesús.

¿Cómo permanecer en su gracia?

¿Qué puedo hacer? ¿Qué debo hacer? Me hago estas preguntas muchas veces. A veces hasta hablo conmigo misma. ¡No sé qué está pasando en mi cabeza! Pero comprendí algo: el Señor me dio armas. Puedo convertir cada dolor y cada sufrimiento en un arma siempre y cuando viva en gracia.

Así que, para vivir en gracia, tengo una elección. Puedo elegir vivir en gracia o fuera de la gracia. En primer lugar, el arma más poderosa que el Señor me dio es mi corazón. Y para que ese corazón esté lleno de su gracia, tengo que vaciarlo. Tengo que vaciarlo completamente de todo lo que me pertenece. Lo que me pertenece no es nada bueno. Así que necesito vaciarlo por completo. Después tengo que pedirle al Señor que llene mi corazón vacío con su gracia. ¿Cómo lo hago?

La mejor manera de hacerlo es por medio de la Iglesia. Es a través de los Sacramentos que recibo ayuda para permanecer en gracia. Para ayudarme a permanecer en gracia, voy con frecuencia a la Confesión, a veces una vez por semana. Cuido mucho mis pensamientos, mis acciones y mis palabras. Tengo miedo de ofender a mi Señor. Preferiría morir antes que ofender a Aquel que me ama tanto.

Cuando cometo un pecado, incluso un pecado venial, trato de ir a Confesión tan pronto como puedo. Sé que muchos pecados pequeños, si permito que se acumulen, pueden debilitar gradualmente mi voluntad de amar a Dios y servirle fielmente.

También voy a Misa diariamente. Paso tiempo en Adoración una vez por semana y, a veces, casi todos los días. Rezo cuatro Rosarios al día. Rezo muchas otras devociones y medito las Escrituras.

La oración se ha convertido en el fundamento de mi vida: un lugar donde puedo acudir a Dios, hablar con Él, escucharlo y acercarme más a Él cada día.

Me aferro a los medios de gracia que la Iglesia me ha dado porque sé que no puedo hacer esto sola. Necesito la gracia de Dios todos los días. Necesito apoyarme en los canales de gracia que Él nos ha dado por medio de su Iglesia. No puedo depender de mis propias fuerzas. Necesito su gracia para sostenerme, guiarme y ayudarme a permanecer fiel.

Y hago todo esto no porque sea santa, sino porque sé cuánto necesito al Médico. Y el mejor Médico es Jesucristo mismo. Lo necesito. Sé que soy débil. Sé que no puedo luchar esta batalla sola. Cada día trae una nueva batalla, una nueva oportunidad de elegir a Dios, resistir la tentación, perdonar, amar y permanecer fiel.

Así que no puedo depender de mí misma. Tengo que depender de la gracia de Dios. La Iglesia nos da los medios que necesitamos para permanecer en su gracia. Son dones preciosos que Dios nos ha confiado. Trato de usar bien esos dones y cada día le doy gracias al Señor por habérmelos dado. Porque sé esto: sin su gracia no puedo hacerlo. Pero con su gracia puedo seguir adelante.

Pero ¿saben qué? Muchas veces pregunto: “Señor, ¿por qué con los mismos Sacramentos y las mismas oraciones algunos producimos más fruto? A veces hasta yo produzco más fruto. Otras veces produzco menos. ¿Por qué?”. He llegado a comprender que depende de mi propia disposición. Es mi decisión. Es mi libre albedrío. El Señor siempre está dispuesto a encontrarse conmigo, pero ¿estoy yo preparada para Él?

Así que rezo con frecuencia: “Señor, llena mi corazón con tu gracia”. Cada vez que lucho, rezo. A veces no sé qué hacer. Rezo. Rezo de día y de noche. Si sumaran todo ese tiempo, diría que cinco horas al día, o incluso más, porque quiero estar conectada con el Señor. Lo amo. Me examino a cada momento de mi vida porque no quiero lastimar a mi Señor. Él ya ha sufrido tanto y continúa siendo herido.

¿Qué hacer con su gracia?

También comprendí que toda la gracia que recibo del Señor no es para que yo la disfrute sola. No lo es. Tengo una misión, y mi misión es llevar ese amor a otras personas que no conocen a Dios y que están muriendo espiritualmente, tal como habló ayer el obispo Felipe. Hoy tenemos más maneras de llegar a las personas, pero la gente se ha vuelto más solitaria que nunca. ¿Están de acuerdo?

Antes de subir al escenario, una compañera cursillista se acercó, me abrazó y me pidió que rezara. Me dijo que había rezado por mí. Me contó que había perdido a su hija la semana anterior. Yo perdí a mi mamá el mes pasado. No voy a decir quién es, pero su hija murió por suicidio.

Miren, no recibimos la gracia simplemente para disfrutarla nosotros mismos. Hay tantas personas allá afuera esperando recibir lo que Dios quiere darles por medio de nosotros.

Piensen en el milagro de la multiplicación de los panes. El Señor pudo simplemente crear miles de panes de la nada. En cambio, comenzó con una pequeña ofrenda: unos cuantos panes y peces. Tomó lo que le ofrecieron, lo multiplicó más allá de toda medida y luego, ¿qué hizo? Lo volvió a poner en las manos de sus discípulos y les dijo que lo distribuyeran entre la gente.

Así obra Dios. Él nos da su gracia, pero también nos invita a participar en su obra. La gracia viene de Él, pero Él elige obrar por medio de nosotros.

Necesita nuestras manos para servir, nuestros pies para ir adonde nos envía, nuestras voces para proclamar su verdad y nuestros corazones para amar a su pueblo. La gracia es de Él, pero las manos y los pies son nuestros.

Déjenme compartir otra historia. Hace unas semanas recibí la llamada de una amiga. Me dijo: “Amy, necesito que ores por alguien en Texas”. Le pregunté: “¿Qué le pasó?”.

Me dijo: “Hace muchos años se cayó y se lesionó gravemente ambas rodillas. Se fracturó el coxis y sufrió otras lesiones. Ahora está en silla de ruedas. ¿Puedes orar por ella? Tú tienes un don de sanación”.

Le dije: “¿Yo? ¡No sabía eso!”. Luego me reí y dije: “Está bien. Si quieres, puedo llamarla y orar con ella”. De vez en cuando, cuando oro por alguien, el Señor lo sana. A veces son sanados, pero la mayoría de las veces no. Así que simplemente dije: “Está bien, voy a orar con ella y veremos qué pasa”.

Cuando la llamé, escuché su historia. Era desgarradora. Me contó que tenía la pierna izquierda entumecida y sufría un dolor intenso. Escuché con paciencia todo lo que había vivido. Después le dije: “Está bien, oremos juntas”. Así que oré por ella. De repente dijo: “¡Oh! ¡Se me quitó el entumecimiento!”.

Pensé: “¡Guau! ¿De verdad pasó eso?”. Una pierna había mejorado, aunque la otra todavía le dolía. Yo estaba sentada pensando: “¡Dios mío, esto es increíble! Está bien, sigamos orando”.

Entonces, de repente, dijo: “Amy, veo flores rosadas. Parecen orquídeas. Están cayendo del cielo sobre mi regazo y luego desaparecen”. Y pensé: “¡Dios mío! ¡Ahora está viendo cosas!”. Así que le pregunté: “¿Sueles ver cosas así?”. Me dijo: “No”. Yo le dije: “¡Alabado sea el Señor! Te dio flores, ¡flores espirituales!”.

Al día siguiente tenía programada una cirugía de rodilla. Antes de la cirugía le dije: “Pídele al médico que vuelva a examinar tu pierna. Asegúrate de que la lesión siga allí antes de que te operen”.

Al día siguiente fue al hospital e hizo exactamente eso. El médico volvió a examinar su pierna y, después de revisar los resultados, le dijo que todavía necesitaba la cirugía. Y pensé: “Señor… esta vez no funcionó”.

Después de la cirugía me llamó para agradecerme que hubiera estado allí para ella y que hubiera orado por ella. Y fue entonces cuando comencé a comprender algo. Quizá la sanación no tenía que ser física.

A veces Dios sana el cuerpo. Pero con más frecuencia sana el corazón. A veces lo que una persona más necesita no es que cambien sus circunstancias, sino saber que no está sola, que Dios la ve, Dios la ama y Dios está allí mismo con ella en medio de su sufrimiento.

Y a veces nuestro mayor regalo para alguien es simplemente estar allí: escuchar, orar, caminar a su lado y recordarle que Dios no lo ha abandonado. Quizá el Señor me necesitaba en ese momento simplemente para estar allí, escuchar su historia, sostener su mano por medio de la oración y recordarle que era amada. Y quizá esas flores rosadas que vio fueron una señal de consuelo. Tal vez eran la manera de Dios de decirle: “Estoy aquí. No me he olvidado de ti. Te amo”.

Ella necesitaba saber que el Señor la amaba. ¿Y cómo le mostró Él ese amor? A través de la amistad. A través de la oración. A través de alguien dispuesto a detenerse, escuchar y estar presente.

Esa experiencia me enseñó que Dios puede tocar el corazón de una persona por medio de algo tan sencillo como la amistad. No siempre podremos quitar el sufrimiento físico de alguien, pero podemos llevarle la presencia de Cristo.

A veces somos las manos que Dios utiliza para abrazar a alguien. Somos la voz que Él utiliza para consolar a alguien. Somos el amigo que Él envía para recordarle a alguien que es amado.

Y a veces esa es la sanación que Dios quiere dar.

Una misión inesperada

Déjenme compartir un ejemplo más. La semana pasada falleció mi primo en Los Ángeles. Mi hermana decidió conducir desde el norte de California para asistir al funeral. Son aproximadamente siete horas de camino en cada dirección.

Su plan era sencillo: solamente pidió un día libre en el trabajo y dijo: “Voy a manejar hasta allá, iré a la Misa funeral y regresaré inmediatamente”. Siete horas de ida y siete horas de regreso, en un solo día. ¡Es muchísimo manejar!

Pero mi hermana estaba muy enojada con todos en la familia y no quería que nadie fuera con ella. Llevaba a cinco personas en el auto. Yo me preocupé mucho. Por cierto, la semana en que falleció mi mamá, mi hermana tuvo dos accidentes.

Así que algo dentro de mí me decía: “Esto no es buena idea”. Insistí en ayudarla a conducir, pero seguía rechazando mi ayuda. ¡Ni siquiera sé por qué estaba enojada conmigo también!

Al día siguiente sabía que iba a salir alrededor del mediodía. Fui a Misa esa mañana y le pregunté al Señor: “¿Qué debo hacer? Si aparezco en su casa, me va a gritar. Pero si no voy, ¿qué pasa? ¿Y si tiene otro accidente? No puedo simplemente quedarme aquí sin hacer nada”.

Después de Misa le dije a Jesús que iba a hacerme de piel gruesa. Iba a ir con ella. Fui a casa, agarré algunas cosas y olvidé casi todo lo demás: mi maquillaje, mis artículos de aseo, ¡todo! Luego fui a su casa y esperé afuera durante dos horas.

Finalmente aceptó dejarme ir con ella, pero todavía no me permitía manejar. Y pensé: ¡esa era precisamente la razón por la que quería ir!

Pero dije: “Está bien, está bien. No pasa nada. ¿Qué te parece esto? Simplemente pon mi nombre en el contrato del auto de alquiler. No tengo que manejar. Pero si me necesitas, estaré allí. Por si acaso”.

Finalmente aceptó agregar mi nombre al contrato. Y, efectivamente, comenzó a manejar. Unos treinta minutos después me miró y dijo: “Tengo muchísimo sueño. ¿Puedes manejar?”. Y pensé: ¡eso es exactamente lo que te estaba diciendo! Así que sonreí y dije: “Por supuesto. Déjame manejar”.

Mi intención en ese viaje era muy sencilla: quería ayudar a mi hermana. Pero ¿saben qué? El Señor tenía algo completamente distinto en mente. Me estaba enviando allí para una misión de la que yo no sabía nada.

Llegué al funeral y una mujer a quien nunca había conocido se acercó a mí. Ni siquiera era pariente de nuestra familia. Se sentó a mi lado. Entonces comenzó a contarme su historia: una historia de sufrimiento, dolor y de todo lo que había cargado durante mucho tiempo. Era una historia larga y dolorosa. Yo simplemente escuché.

Después dije: “Está bien. Oremos juntas”. Así que oré con ella. Comenzó a llorar. Y pensé: “Señor, no sé qué le hice. ¿Por qué está llorando?”. Entonces dijo: “Me siento mucho mejor. Alguien me está escuchando”. Después comenzó a sentirse mejor, física y emocionalmente.

A veces eso es todo lo que alguien necesita: una persona que se detenga, escuche y le recuerde que no está sola.

Después del funeral volvimos al auto y comenzamos el viaje de siete horas de regreso a casa. Y una vez más, el Señor tenía algo esperándome. En el auto viajaba una pareja que había estado viviendo junta como novio y novia, pero no estaban casados.

Mientras conversábamos durante ese largo viaje, algo ocurrió en sus corazones. Creo que el Señor estaba obrando en ellos. Decidieron que querían casarse por la Iglesia Católica. El novio aceptó convertirse al catolicismo. ¡Alabado sea el Señor!

Pero la historia todavía no había terminado. Él me dijo: “Mi hermano está en cuidados intensivos. Podría morir en cualquier momento. ¿Puedes ir a hablar con él?”. Acepté. Me contó un poco sobre su hermano. Era un hombre autista de setenta años que estaba muy enfermo. No cooperaba y los médicos y enfermeros sencillamente no sabían qué hacer con él.

Al día siguiente fui a visitarlo al hospital. Me miró de una manera extraña. Me senté y comencé a hablar con él. Y entonces, de repente, me sonrió.

Levantó su bata y me mostró el abdomen. Luego dijo una sola palabra: “Duele”. Señaló su estómago y me pidió que lo tocara. Toqué su abdomen. Estaba duro, como una piedra. Otra vez dijo: “Duele”.

Y de repente comprendí. La razón por la que estaba tan alterado era que nadie entendía que tenía dolor. No era simplemente que estuviera siendo difícil. Estaba sufriendo. Le dolía y no podía comunicar lo que le estaba pasando.

Le dije a la enfermera que le diera medicamento para el dolor. La enfermera trajo el medicamento e intentó dárselo. Él dijo: “No”. Se lo volvió a ofrecer y se negó. Le dije a la enfermera que me dejara intentarlo. Me acerqué a él y le dije: “Ay, cariño. Te vas a sentir mejor. Esto te va a ayudar. Vamos”. Le hablé con cariño y, de inmediato, abrió bien la boca y tomó el medicamento sin dudarlo.

Pero la historia aún no había terminado. Comencé a hablarle del Señor. Le hablé de Dios. Le dije cuánto lo ama Dios. Le dije: “Dios sabe que estás sufriendo. Conoce tu dolor. Te ama”.

Pasé muchas horas con él. Finalmente le pregunté: “¿Quieres ser hijo de Dios?”. Dijo: “Sí”. Y pensé: “Señor, ¿qué hago? Si llamo a un sacerdote, ¿y si no sobrevive el día de hoy?”.

Así que lo bauticé ese mismo día y le puse por nombre José. Hice lo que entendía que la Iglesia nos enseña que debemos hacer en esa situación. He hablado con su familia y les dije que quizá también pueda recibir otros Sacramentos.

¿Y saben qué comprendí nuevamente? Vivimos en un mundo de tecnología avanzada y tratamientos médicos extraordinarios. Los médicos pueden diagnosticar y tratar muchísimas enfermedades físicas, y la medicina moderna puede hacer cosas increíbles.

Pero las personas no solamente están enfermas físicamente. Muchas veces también están enfermas espiritualmente. Los médicos saben cómo tratar el cuerpo. Pero el corazón queda sin tratar. Y allí es donde entramos nosotros.

Estamos llamados a cuidar no solamente las necesidades físicas de las personas, sino también sus necesidades espirituales: escuchar, orar, amar y recordarles que Dios no se ha olvidado de ellas.

Porque a veces lo que una persona más necesita no es otro tratamiento para el cuerpo, sino alguien que ayude a llevar sanación al corazón.

¿No es maravilloso que Dios pueda utilizarnos en lugares donde nunca esperábamos estar?

Yo pensaba que iba a Los Ángeles para ayudar a mi hermana. Pero el Señor tenía una misión completamente diferente para mí. Quería que conociera a una mujer que necesitaba que alguien la escuchara.

Quería que yo formara parte de la decisión de una pareja de volver a la Iglesia Católica.

Quería que conociera a un hombre enfermo que simplemente necesitaba que alguien comprendiera su dolor. Y quería que le dijera a ese hombre que Dios lo amaba.

Yo pensaba que iba a hacer un viaje de catorce horas. Pero Dios me estaba enviando a una misión.

Conclusión

Y esto me lleva nuevamente a la pregunta: ¿qué significa vivir una vida en gracia? Para mí comienza con una pregunta sencilla: ¿Quién soy?

Si digo: “Soy hija de Dios”, entonces necesito vivir como hija suya. Si digo: “Soy amiga de Jesús”, entonces necesito vivir como amiga suya. Si digo: “Soy su discípula”, entonces necesito vivir como discípula suya.

Porque la gracia no es algo que recibimos simplemente para sentirnos bien o para parecer santos por fuera. La gracia nos transforma de adentro hacia afuera. Cambia nuestra manera de pensar, nuestra manera de hablar, nuestra manera de perdonar, nuestra manera de amar y nuestra manera de responder cuando somos heridos.

Y entonces esa gracia tiene que ir a algún lugar. Dios no llena nuestros corazones con su gracia para que la guardemos para nosotros mismos. Nos llena para poder derramar su amor a través de nosotros en la vida de los demás.

Hay alguien allá afuera que te necesita. Alguien necesita que escuches. Alguien necesita que perdones. Alguien necesita que ores. Alguien necesita que estés presente. Alguien necesita escuchar: “Eres amado. Eres valioso. Dios no se ha olvidado de ti”.

Quizá piensas que simplemente vas al trabajo, vas a la iglesia, visitas a un amigo, asistes a un funeral o haces un viaje de catorce horas. Pero nunca sabes qué misión ha colocado Dios en tu camino. Tal vez piensas que vas a algún lugar por una razón, mientras Dios tiene una razón completamente distinta.

Así que, cuando Él te pida que vayas, ve. Cuando te pida que te acerques a alguien, acércate. Cuando te pida que escuches, escucha. Cuando te pida que perdones, perdona. Cuando te pida que ores, ora. Y cuando no sepas qué hacer, acude a Él. Porque no tienes que hacerlo solo.

Hermanos y hermanas, somos sus hijos. Somos sus amigos. Somos sus discípulos.

Hemos recibido su gracia. Ahora vivamos en esa gracia. Llevemos esa gracia. Compartamos esa gracia. Convirtámonos en las manos que sirven, los pies que van, la voz que consuela y el corazón que ama.

Y cuando las personas se encuentren con nosotros, que encuentren algo más que buenas personas o buenos católicos. Que encuentren a Jesús.

Así que, hermanos y hermanas, no tengan miedo. Salgan al mundo. Vivan en gracia. Vivan como sus hijos. Vivan como sus discípulos. Y proclamen la Buena Nueva, no solamente con sus palabras, sino con sus vidas. Porque el mundo está esperando el amor de Cristo. Y quizá la próxima persona a quien Él quiere alcanzar… está esperando que Él llegue a ella por medio de ti.

¡De Colores!